Apuntaciones críticas sobre el lenguaje de los contemporáneos

Héctor Hoyos
Universidad de Stanford

En su *Crítica de la economía política del signo* (1972), el pensador francés Jean Baudrillard se propone aplicar la teoría del valor de Marx al campo de la lingüística. Mientras que para el filósofo alemán conviene examinar a la mercancía tanto según su valor de uso como según su valor de cambio, para Baudrillard lo mismo cabe decir del signo. No sólo es funciona –significa, tiene un valor de uso– sino que hace parte de una economía: tiene un valor de cambio. Con una ceguera monolingüe, el autor se refiere a lenguajes en general y no a idiomas en particular. Hubiera hecho bien en añadir esa dimensión a su reflexión, por cuanto el estatuto privilegiado del francés dentro de la tradición filosófica occidental sería un objeto digno de ser examinado críticamente. Sea ello como fuere, me propongo extrapolar brevemente algunos elementos de su reflexión para pensar sobre la pregunta que nos convoca, a saber, la del futuro del español.

Primero, un excurso. Que la expresión más comprendida alrededor del mundo sea la voz inglesa «OK» da testimonio de cómo el presente está construido sobre los pactos que dejaron las guerras del pasado. «OK» procede etimológicamente de «*Zero Kills*», una abreviación militar, cuyo paso del reporte escrito al lenguaje hablado se debe a un azaroso desliz tipográfico. Del número cero a la letra «o» y de los reportes marciales a la más íntima cotidianidad de la vida civil: vivimos en el mundo que dejaron las Guerras Mundiales. Uno que dejó profundas cicatrices en Japón y que terminó de confinar al ámbito hispanoparlante, otrora prominente, en un lugar ancilar. Podría decirse, con Baudrillard, que la expresión «OK» tanto significa como hace parte de un entramado de relaciones, revela un conjunto de valores y experiencias históricas. Lo mismo sucede con «Coca-Cola», aquel otro lexema universalmente comprendido que, dicho sea de paso, designa a una bebida que también llevaron los soldados de los EE.UU. consigo. Lo más próximo en castellano, se me ocurre, son palabras que en la temprana modernidad llevaron los soldados del imperio español consigo, como «chocolate» y «huracán». Y qué decir del orden de las letras: si se conoce a nivel mundial la frase «realismo mágico» es porque una mala traducción al inglés de «lo real maravilloso» de Carpentier así lo quiso. No tuvo la misma buena o mala suerte, según se le mire, la expresión «duende» de García Lorca.

El futuro del español no radica en forjar marcas más duraderas o seductoras, a pesar de que no falten quienes se esmeren en intentarlo. No habrá un OK castizo ni inventaremos una nueva Coca-Cola. Queda tan sólo que la Real Academia

constate la entrada de tales términos al idioma, que a fin de cuentas es pura praxis porosa, con una lacónica capitulación fonética. A OK le hubiera podido pasar como a «whiskey», que se escribe con g y diéresis, «güisqui», pero en esa ocasión la fuerza del significante pudo más. A menudo, es esa fuerza lo que se ansía en eventos como el que hoy nos congrega: que las palabras que emergieron de nuestras realidades seduzcan al mundo con su sonido y su escritura, y de paso, restauren la grandeza perdida. No suscribo esa ideología; soy de quienes piensan en 1898 con fascinación y no con nostalgia. ¿Pero acaso puedo sustraerme a ella del todo, si crecí hablando español? El campo de batalla de la *translatio imperii* es la mente del hablante, donde a menudo conviven distintos registros y dinámicas de poder. A propósito, durante décadas se enseñó español en EE.UU. para hablar con la servidumbre, y esa es una huella difícil de borrar.

Las palabras se vuelven mercancías y las mercancías palabras, qué duda cabe. Sin embargo, pretender ganar una partida donde las reglas las ha dado otro equivale a perderla de antemano. Son uno y el mismo fenómeno que, después de 1945, todas las monedas del mundo tengan que pasar por el dólar para comerciar entre sí, todos los idiomas del mundo por el inglés. La demografía no va a cambiar esto por sí sola. En su edición del presente mes de octubre, el famoso Índex de la revista *Harper's* cita cifras del Instituto Cervantes según las cuales hay 43 millones de hablantes nativos de español en España, contra 41 en EE.UU. Con ello parecen insinuar que nos acercamos a alguna clase de punto de quiebre, si bien no es claro de cuál. El Índex termina citando jocosamente el precio de una piñata con motivo de Donald Trump a la venta en Reynosa, México: 30 $. Me atrevo a decir que aquel momento que llevan anticipando los estadistas, en donde los hispanos en EE.UU. seamos mayoría, no tendrá las repercusiones de cambio de época que suelen imaginarse.

Esto es así porque el valor de uso del castellano es sin duda elevado, pero no su valor de cambio. Para amonedar el lenguaje, en la expresión de Borges, haría falta otra geopolítica. Sin lo cual quedan los paliativos y la diplomacia cultural, amén de la promoción como segunda lengua, junto al mandarín y al árabe. El sueño de la contemporaneidad queda postergado, y lo que se traduce al español, que es infinitamente más vasto que lo que de esa lengua pasa al inglés, llega tarde.

Contra ese destino fatal, puede imaginarse otro futuro posible: que el español se construya de abajo hacia arriba, no desde las alta esferas de la autoridad lingüística o política, sino desde sus hablantes. Fueron los exiliados cubanos quienes reclamaron poder continuar con su escolaridad en su idioma, lo que llevó a que la Florida implantara el primer modelo de educación bilingüe del país. El Estado accedió porque pensaba que el régimen de Castro caería más pronto que tarde, cosa que, como sabemos, no sucedió así. Los otros estados de la Unión, a pesar de contar con multitudes de niños mexicanos, puertorriqueños, salvadoreños y de muchas otras naciones latinoamericanas, no han llevado a cabo un programa tan exhaustivo. Como resultado, la mayoría de los hispanohablantes manejan un registro doméstico pero no académico del castellano, con lo cual hay poca espe-

ranza de llevar a cabo un cambio estructural. En los EE.UU. el español no es el único idioma en esa situación, que es por demás insostenible, como si en Suiza sólo fuera posible avanzar en los estudios y en el campo profesional en alemán y no en francés o retorromano. La comparación apunta a que en los EE.UU. empieza a reconocerse el hecho de varios idiomas, lo que ya era cierto desde siempre, sólo que en esta oportunidad puede que Univisión no corra la suerte de los periódicos alemanes de Nueva York y Filadelfia en el siglo XIX.

Para terminar, me permito observar que las instituciones bien pueden acompañar y auspiciar iniciativas de base como las que sugiero, aunque difícilmente puedan generarlas por sí solas. Una contribución oportuna sería la de generar criterios internos de validación, que no sean meramente adaptaciones de los que prevalecen en la metrópoli. Pienso por ejemplo en las revistas académicas en castellano, que cada vez buscan ser más como las anglosajonas por no poder imaginar o implementar una excelencia y una meritocracia propias. O en los diarios, que sucumbieron al círculo vicioso de no tener lectores de calidad por no ofrecerles qué leer, ni cultivarlos. Una contribución modesta, pero efectiva y a nuestro alcance, es la de rechazar el sacrificio de calidad editorial a cambio de acreditación o aumento en ventas. Aunque sobre todo será acompañando movimientos de gentes de a pie que irá cambiando, poco a poco, la economía política de nuestra lengua en el mundo.

OBRAS MENCIONADAS

BAUDRILLARD, Jean. (1979). *Crítica de la economía política del signo*. México, D. F.: Siglo veintiuno editores.

«Harper's Index.» *Harper's*. Octubre de 2015: 9.